

EDITORIAL

VERDAD, REDES SOCIALES E INTELIGENCIA ARTIFICIAL: DESAFÍOS LOCALES EN TIEMPOS DIGITALES

Mucho se ha dicho sobre cómo las redes sociales han cambiado la forma de comunicarnos, informarnos y opinar. Lo que antes era exclusividad de los medios tradicionales, hoy es parte de un ecosistema mucho más amplio y descentralizado, donde cualquier persona con un teléfono móvil puede ser emisor de noticias, de críticas, o incluso de campañas que movilizan a comunidades. La aparición de la web 3.0 vino a consolidar ese cambio iniciado con la web 2.0, poniendo el foco en la participación, la interacción y la inmediatez.

Pero no basta con hablar del fenómeno digital de manera abstracta o global. En regiones como la nuestra, este cambio ha sido tan profundo como silencioso. Lo vemos todos los días en los grupos de WhatsApp comunales, en los comentarios de Facebook de medios locales, en las transmisiones en vivo por Instagram desde las ferias libres o desde los cortes de tránsito. Cada red social tiene su estilo, su audiencia y su lógica particular. No es lo mismo cómo circula la información en San Vicente de Tagua Tagua que en Rancagua, ni cómo se habla de un tema en Requínoa o en Pichilemu. Incluso dentro de la Región de O'Higgins, la conversación digital tiene acentos distintos.

Y eso importa, porque muchas veces, ante la ausencia de medios locales fuertes o de canales institucionales eficaces, las redes sociales se transforman en el principal espacio de información para miles de personas. Sin embargo, no todo lo que brilla es oro. Ni todo lo que se publica es cierto. Y aunque toda opinión tiene valor en cuanto refleja una percepción ciudadana, no podemos perder de vista que buena parte de lo que se comparte —y a veces se viraliza— carece de verificación o contexto.

Según estudios recientes, más del 50% de las noticias que circulan en Chile a través de Facebook son falsas o engañosas. Y si bien esta cifra es preocupante a nivel nacional, lo es aún más en regiones, donde mu-

chas veces no existen equipos periodísticos dedicados a desmentir o aclarar informaciones que circulan con rapidez. Lo vimos durante la pandemia, cuando en comunas como Rengo o Santa Cruz circularon cadenas de WhatsApp sobre contagios o vacunas que no tenían ninguna base real. O más recientemente, con videos alterados por inteligencia artificial que simulan emergencias, amenazas o declaraciones de autoridades que jamás existieron.

La irrupción de la inteligencia artificial generativa ha elevado el riesgo de desinformación a niveles impensados hace solo tres años. Hoy se pueden crear audios falsos con la voz de un alcalde, diseñar afiches políticos inexistentes o fabricar "pantallazos" de noticias falsas con logos de medios regionales para darles apariencia de legitimidad. En este contexto, se vuelve más urgente que nunca fortalecer el rol de los medios locales, que — pese a las limitaciones económicas y de personal — siguen siendo un espacio de validación, chequeo y responsabilidad frente a la comunidad.

A veces, desde Santiago se habla de la desinformación como un fenómeno abstracto o como un problema de gran escala. Pero lo cierto es que también tiene efectos concretos aquí: en la confianza de los vecinos, en las decisiones de los pequeños agricultores que cambian su producción por lo que vieron en un video de TikTok, en las campañas de miedo que circulan antes de una elección municipal. Todo eso ocurre también en nuestras comunas, en nuestros barrios. ¿De dónde vienen estas noticias falsas? ¿Qué intereses hay detrás? ¿Son errores o estrategias deliberadas? Es un tema amplio que merece una reflexión aparte. Pero mientras tanto, la recomendación es clara: en tiempos de sobrecarga informativa y de inteligencia artificial capaz de simular casi cualquier cosa, hay que reforzar la mirada crítica. No basta con compartir: hay que dudar, verificar y valorar el trabajo serio de quienes — a nivel local — siguen haciendo periodismo con responsabilidad.

Luis Fernando González V
Sub Director